

Católicos que no son practicantes

Ángel Gutiérrez Sanz

Con todo lo que se diga de la clase política hay que reconocer que tiene habilidad más que suficiente para conectar con el pueblo. Es verdad que días atrás hablabas con la gente y te daba la impresión de que todo el mundo estaba harto y aburrido de tanto politiquero y sofistería. Ahora bien apenas se ha abierto un nuevo periodo preelectoral la cosa ha cambiado como por arte de birlibirloque. Los magos de la palabra, haciendo gala de sus dotes persuasivas, están dando un vuelco a la situación y de nuevo vuelven a encandilar a los votantes. Quienes hace poco tiempo se mostraban apáticos e indiferentes vuelven a contagiarse del clientelismo político. Todo hace suponer que a los políticos les basta y les sobra con unas semanas para poner en pie de guerra a las masas y convencerlas de que hay que tomar partido. Verdaderamente sorprendente. Ciertamente resulta exagerado definir a la política como “el arte de convertir en real lo irreal”, pero no lo es tanto cuando decimos que los políticos son esos hombres capaces de hacer posible lo que para los demás resultaría poco menos que imposible.

Las comunidades cristianas, con nuestros pastores a la cabeza, teniendo mejores argumentos, mensajes más creíbles, promesas y esperanzas más ciertas y mejor fundadas, no llegamos a tanto; ni abarrotamos iglesias, ni tan siquiera avivamos el fervor de quienes entran en ellas con la mejor disposición. Humildemente tendremos que reconocer que algo no se está haciendo bien, qué en algo estamos fallando. Pues bien, sin olvidarnos de que el ejemplo de vida ha de ir por delante y que nuestro cristianismo ha de ser cada vez más auténtico y exigente, debiéramos reparar también en otros asuntos de tono menor, que no por eso dejan de ser importantes. No estaría demás que nos preguntáramos ¿por qué casi nadie se confiesa? ¿por qué la gente ha dejado de ir a las iglesias?

Acercarse al confesionario impone respeto ¿quién lo duda?, a nadie le gusta poner al descubierto sus miserias y vergüenzas, nos cuesta pasar por este trance y lo eludimos siempre que podemos hasta que, muy de tarde en tarde, sentimos la necesidad de poner el contador a cero para seguir caminando. Nos hemos formado en la idea de que la confesión no es más que ir de vez en cuando a descargar el saco y pasar un mal rato, pero si sólo fuera eso hasta estaría justificado que se viera como una carga pesada que se impone desde fuera, que es a lo que tristemente ha quedado reducido el Sacramento de la Penitencia. No llegamos a experimentar el gozo íntimo que supone el sentirnos reconciliados y abrazados por el Padre, por eso la confesión seguirá siendo una tortura y no un bálsamo para nuestro espíritu y lo mismo podríamos decir de la asistencia a los templos.

Cuando preguntas a la gente por qué no frecuentan las iglesias, te responden que no van porque se aburren. Les cansan, dicen, sobre todo los sermones soporíferos de los curas. Triste es tener que decir esto, pero hasta los propios sacerdotes, por lo menos algunos, así lo reconocen. No hace mucho he leído que *"el milagro de la Iglesia es que sobreviva a los millones de pésimas homilías de cada domingo"*. Estos supuestos millones de desafortunadas homilías bien pudieran ser una de las causas concurrentes de la espantada masiva de los fieles. Yo, que he tenido ocasión de escuchar algunas de ellas durante muchos años, pienso que podrían ser catalogadas en estereotipos de fácil reconocimiento.

Ahí están los sermoneos de quienes improvisan un día y otro y así toda la semana, con lo difícil que es esto, si no fuera porque existe la posibilidad de recurrir a los tópicos comunes, que todo el mundo conoce de memoria. Ni siquiera de los genios cabe esperar un buen discurso cuando se ponen a decir lo que "a bote pronto" se les ocurre. Aunque sólo fuera por respeto a la concurrencia, se debería llevar preparado, por lo menos, un esquema preciso de lo que se pretende decir y una idea clara de cómo se va a presentar, para no perderse en digresiones que no vienen a cuento, de esta forma se evitaría el hecho no infrecuente de comenzar sin saber lo que se va a decir y acabar sin saber lo que se ha dicho. Cuentan que en una ocasión un párroco comentaba con sus feligreses que él solamente preparaba el comienzo de la homilía y que el resto se lo dejaba al Espíritu Santo, a lo que algunos felicitándole dijeron: padre, predica Vd. mejor que el Espíritu Santo.

Son frecuentes también las homilías reiterativas, las que se limitan a repetir lo ya escuchado en las lecturas, sólo que bastante peor expresado de como aparece en los textos sagrados. Ni se aclara nada, ni se matiza nada, ni se desarrolla nada, ni siquiera se saca una conclusión práctica para la vida. Es cuestión de estar dando vueltas a la noria y que vayan pasando los minutos, que a los oyentes les parecen siglos, sin encontrar el momento oportuno de decir amen. Con lo fácil que sería poner en práctica la sabia sentencia que aconseja guardar silencio cuando no se tiene nada provechoso que decir.

Están, por fin, aquellas homilías que pecan bien por defecto o bien por exceso, sin tener en cuenta que el equilibrio entre el fondo y la forma es esencial para que el discurso esté bien construido y pueda llegar al auditorio con garantías de ser recibido con agrado. Con frecuencia este equilibrio acaba quebrándose cuando se cae en una verborrea infructuosa que impide que el mensaje llegue con nitidez, siendo difícil para la sufrida audiencia separar la mucha paja del poco grano. Tampoco es de lo más aconsejable el extremo opuesto, consistente en meter doctrina por un tubo,

así, a palo seco, porque ello resulta difícil de digerir y ante el riesgo de indigestión la gran mayoría opta por desconectar.

Sería injusto no reconocer que en los templos también se escuchan homilías ejemplares con las tres bes, buenas, bonitas y breves y bien merecerían, por lo inusitadas que resultan, colocarlas en un cuadro y a sus autores hacerles un monumento. Estas son las homilías que la Iglesia está necesitando y las que los fieles esperan como agua de Mayo. Asuntos como éste de la liturgia de la palabra tendrían que ser tomados en consideración a la hora de poner en marcha la Nueva Evangelización. Un hecho reciente avala esto que estoy diciendo. No estaría mal que el padre Michel María Zanotti Sorkine nos explicara cual ha sido el secreto de que la Iglesia de S. Vicente de Paul, en el centro de Marsella, que iba a ser cerrada por falta de concurrencia, se haya convertido súbitamente en un fenómeno de masas, no sólo en Marsella sino en toda Francia y ahora sea un lugar donde ha habido que poner sillas adicionales para poder albergar a los numerosos fieles que a ella acuden. Bueno sería que fuera él mismo quien nos aclarara por qué sus sermones llegan tan directamente a las conciencias y son de lo más esperado, hasta el punto de que los propios feligreses los cuelgan en internet.

Se habla de crisis religiosa, pero más que de crisis de fe y esperanza lo que existe hoy es crisis de práctica religiosa, en la que todos tenemos nuestra parte de responsabilidad. ¿No será que al mensaje cristiano dirigido al mundo de hoy le está faltando pasión y atractivo? La gente en su mayoría no dice que no crea o que no le consuele la esperanza cristiana, tampoco rechaza que sus hijos sean educados cristianamente. “Yo soy católico, aseguran, lo que no soy es practicante”. ¿Qué quieren decir con esto, que están dispuestos a escuchar a Dios, pero no a los curas?. Lo que está claro es que muchas personas, entre ellas muchachos y matrimonios jóvenes no pisan las iglesias porque no lo ven como un lugar acogedor, no se sienten a gusto en ellas, han dejado de ir allí porque no se les ofrece lo que ellos necesitan, porque no encuentran al Dios que ellos buscan, ni sienten su presencia, en cambio acuden gozosos a otro tipo de manifestaciones piadosas, como pueden ser procesiones, peregrinaciones o concentraciones, lo que vendría a demostrar que en ellos aún permanece viva algún tipo de sensibilidad religiosa que no se está sabiendo aprovechar. A estas alturas de la película no se sabe muy bien si fueron ellos mismos los que se alejaron de los templos o se les echó de los mismos.

Puede que no nos falte razón cuando a veces afirmamos que en nuestra sociedad se ha ido perdiendo el espíritu cristiano, o que el hombre moderno se ha vuelto muy comodón y religiosamente indolente, pero debiéramos

añadir, que por nuestra parte tal vez no hayamos actuado con la diligencia suficiente para evitar una desbandada sin precedentes y sobre todo debiéramos ser conscientes de que hemos desaprovechado muchas oportunidades para hacer de la Casa de Dios un lugar donde todos pudieran sentirse cómodos. Ya no es cuestión de seguir lamentándonos de la situación de retraimiento agónico en que están sumidas muchas parroquias, sino comenzar a analizar los errores que nos han llevado hasta donde ahora nos encontramos. Habrá que hacer algo para superar la dialéctica surgida de la autocomplacencia de unos y el derrotismo de los otros e instalarnos en un posibilismo realista. Todo menos quedarnos anclados en un conformismo estéril, porque lo cierto es que algo podemos hacer para mejorar la situación presente. Si los hombres y mujeres han dejado de frecuentar las iglesias lo que tendríamos que hacer es salir a su encuentro o cuando menos, para empezar, podíamos intentar algo más sencillo, simplemente no espantar a quienes ocasionalmente intentan traspasar sus muros.